

SER LA MISMA COSA: UNA VERDAD PRÓXIMA, OBLIGADA Y COMPARTIBLE POR CIENCIA Y RELIGIÓN

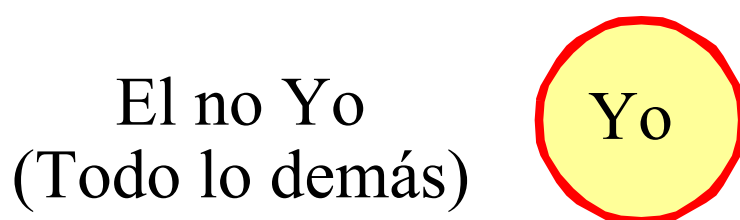
Juan José Sánchez Inarejos

Filósofo e Ingeniero. Profesor Titular de la Universidad Politécnica de Madrid

LAS SERVIDUMBRES DEL YO

Por supuesto, darse cuenta de sí mismo, saberse un yo, es algo maravilloso y sorprendente. Pero para ser un yo hay que pagar un precio muy alto. Ni mucho menos es gratuito ser una persona. El precio que hay que pagar es, naturalmente, renunciar a todo lo que nos excede.

Si por un momento representásemos al yo por el área de un círculo, separado del resto del Todo por una capa aislante y protectora, nos quedaría algo así:



El Todo sería el plano completo dentro del cual, protegido por una frontera aislante, estaría el Yo.

Con esta imagen en mente, se nos representa más fácilmente el precio que hemos de pagar los individuos para considerarnos tales: hemos de renunciar a “Todo lo demás”. Si no hiciésemos esta renuncia no tendríamos frontera que nos separase del Todo. Seríamos la misma cosa que el resto del Universo sin que hubiese solución de continuidad en parte alguna. Ciertamente, en ese caso, los yoes no existirían como tales. Si a caso, existirían mientras crecen, pero cuando alcanzasen su dimensión definitiva (todo el Universo) ya no serían individuos, serían el Todo.

Por tanto, la existencia de los yoes es (sería) muy inestable. Su tendencia “natural” sería (es) la fusión con el Todo. De forma que siempre estaríamos cambiando, creciendo, evolucionando, aprendiendo; siendo otros.

EL YO ESTÁ SEPARADO DE “TODO LO DEMÁS” POR UN ERROR

Las fronteras del yo son múltiples. Hay una frontera física, que para los humanos bien podría ser la piel. Pero también hay fronteras biológicas o genéticas que nos separan como especie de otros individuos constituidos de forma diferente. Incluso podríamos hablar del tiempo como frontera entre generaciones. Esas fronteras son siempre artificiales y hasta cierto punto irreales. La piel nos aísla del entorno pero no de forma absoluta. De hecho, la piel es una frontera muy permeable.

Si nos referimos al saber, el plano donde hemos representado al yo simbolizaría todo el conocimiento, mientras que el círculo del individuo determinaría cuáles son los saberes que éste necesita para existir como tal. La frontera (seguramente más permeable de lo que imaginamos) ha de representar, necesariamente, un error: algo que nos impida acceder a las verdades superiores.

Si lo que nos separa de “Todo lo demás” no tuviese una componente errónea, nada nos separaría de las verdades contiguas, a las que accederíamos de forma automática u obligada. En términos físicos, si la piel que nos separara del “todo lo demás”, si no tuviese un lado “muerto” y otro

vivo, nada nos impediría fundirnos con cualquier cosa que nos llegase a tocar. Si en nuestro pensamiento todo fuese cierto no tendríamos ningún problema para comprenderlo Todo. Y, por lo que sabemos, no parece que ése sea el caso.

Por tanto, es correcto decir que el yo, para existir, ha de estar necesariamente contorneado por un error que lo proteja mientras crece. Pero cuando el yo haya crecido lo suficiente, el error que antaño fue benéfico se convertirá en una cárcel de la que ha escaparse.

Hay infinidad de casos prácticos que corroboran la teoría, y ninguno que no la cumpla (por lo menos que yo conozca). He aquí algunos de ellos en los campos evolutivo, histórico, personal y social:

- *Religiones antiguas* que en su tiempo fueron tomadas por absolutas pero que con el tiempo se revelaron erróneas. (Religiones mayas, aztecas, romanas...)
- *Los dinosaurios* y otras especies que se extinguieron porque no supieron adaptarse a un cambio ambiental. Se habían especializado tanto que “olvidaron” subsanar algunos errores en el diseño de sus cuerpos.
- *La estupidez humana*, consistente en creer que se sabe todo. El necio lo es por creerse perfecto.
- *Las monarquías absolutas* anteriores a la Revolución Francesa. Creían que serían eternas.

LO INDUBITABLE

Estos son ejemplos lejanos que nadie discute. Pero a medida que nos aproximemos a asuntos más cercanos, las cosas empezarán a no estar tan claras. Las naciones actuales o el Dios de cristianos y musulmanes son dos de esos ejemplos problemáticos. Hay muchos que dudan de que exista la nación española o la extremeña, y muchos también dudan de la existencia de Dios como ente perfecto carente de error. En otros tiempos, dudar de Dios o de la patria estaba prohibido y castigado hasta con la muerte. Lo que demuestra, aparte de la brutalidad de nuestros ancestros, que traicionar o ser fiel a la patria y a Dios eran cuestiones de vida o muerte.

Pero dejemos esos casos problemáticos a un lado y concentrémonos en uno del que nadie dudará. Un ente tan aparentemente real y libre de todo error que bien podría proponerse como verdad común a toda la Humanidad, de la que nadie podría, ni en sueños, renegar. Esa realidad tan rotunda es, evidentemente, el propio yo.

Se puede dudar de todo, pero como Descartes presuntamente demostró, menos del que duda. Cuesta mucho trabajo dudar de la existencia de uno mismo, tanto que cuando se intenta pensar esa idea el cerebro se rebela en contra de ella. El yo que creemos ser es realmente lo máspreciado que poseemos, nuestra mayor verdad, a la que suponemos libre de todo error. Por eso no nos es fácil pensar que nuestro pensamiento nos esté engañando y que, sin saberlo, hagamos cosas que nos están destruyendo.

La idea de que es un error pensar de forma egoísta es un pensamiento muy difícil y peligroso. De modo que no es de extrañar que cuando las religiones dicen que no hay que ser egoísta, nos cueste tanto trabajo seguir esa norma. (Egoísta es aquel que considera que en él no hay error alguno y, por tanto, haciendo todo lo que le beneficie a él, actúa correctamente).

EL MIEDO A LA NO EXISTENCIA

Un cerebro normal, cuando llega al punto de dudar de sí mismo se vuelve necesariamente inestable. Una enorme desazón nos invade, sentimos vértigo ante un abismo que de golpe se abre ante nuestros pies. Aquello que habíamos creído sólido y estable, de golpe, se tambalea y, por supuesto, no nos gusta nada.

La primera cosa que se nos ocurre es negar la mayor. “Es mentira que el yo no exista”, dicen los brutos que no se atreven a pensar más lejos. (Descartes sería el más bruto de todos, puesto que demostró que, “como pensamos, existimos”).

La segunda cosa que se nos ocurre es algo bastante pragmático y decisivo que le quita las ganas de dudar sobre sí mismo al más pintado: el yo es algo tremendamente valioso.

Aquí quizás el cerebro nos baile un poco: ¿para qué sirve creer que uno existe? O dicho de forma más fácil: ¿para qué sirve pensar egoístamente? Las respuestas son fáciles:

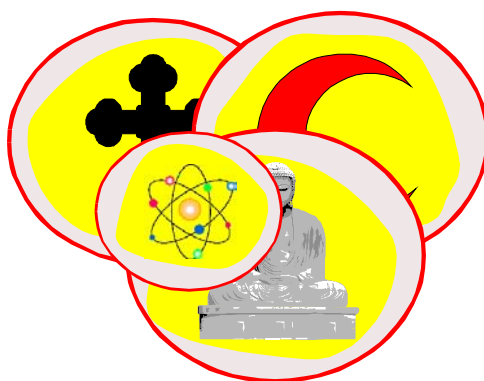
- Para hacerse rico
- Para tener, fácilmente, descendencia
- Para alimentarse
- ¿Para disfrutar...?

Sí, ser egoísta (pensar que “uno-mismo” no tiene errores) es algo tremendamente productivo y eficaz. Quizás por eso, y sólo por eso, desde que Descartes demostró que el yo existe, Occidente ha progresado tanto; por el egoísmo. Pero como vimos al principio, ese progreso tiene un precio. Para que el yo exista de forma estable es necesario contenerlo dentro de una mentira que le impida ir más allá de sí mismo, se diluya y pierda el poder que le da su egoísmo. Esa mentira protectora del yo es Dios.

Si la idea es correcta, mirar hacia Dios no favorecerá el progreso económico y científico. Históricamente así ha sucedido, cada vez que la Humanidad ha sido más egoísta, cuando le ha arrebatado a Dios parte de sus “dominios” es cuando más ha progresado. Se podría decir incluso, que con sólo unas pocas escamas “arrancadas a la piel de Dios” el hombre ha dado pasos de gigante.

¿QUÉ SON LAS RELIGIONES?

Si volvemos al esquema gráfico del principio y situamos en él a la multitud de yoes que componen, o han compuesto, a la Humanidad. Encontraríamos que la mayor parte de ellos se agrupan en torno a unos cuantos yoes tipo caracterizados fundamentalmente por la religión.



El yo de los niños que aún no han sido orientados hacia ninguna forma de ser particular podría representarse en un punto común a todas las religiones. Pero a medida que las tradiciones, las normas, los mandamientos y las creencias hacen su efecto, el yo común de los infantes se desarrolla más fácilmente dentro del contorno que las normas y tradiciones fijan que fuera de él.

Atendiendo a este esquema, parece claro que las religiones serían, simplemente, formas de ser como persona. Y más concretamente, formas de ser como hombre o como mujer. Con sus normas, límites, dogmas, tradiciones y costumbres nos van construyendo (construyendo también) para ser yoes

de unas cuantas formas que han demostrado ser eficaces y estables. No muy diferentes entre sí. De hecho, las diferencias son, a veces, mínimas. Incluso pueriles.

COMPARTIENDO ERRORES

Nada nos impide a unos yoes particulares ser otros yoes. Las fronteras que nos separan tienen más de imaginario que de real. Y aunque se nos antojen muros infranqueables, pueden derrumbarse en cualquier momento si se las enviste con la pequeña verdad que las haga vibrar y desbaratarse.

Si lográsemos, en primer lugar, compartir nuestros yoes con los yoes del sexo opuesto. Y después con los de otras civilizaciones y religiones, disfrutaríamos de placeres realmente intensos. Pues, casi de forma gratuita, ampliaríamos nuestra realidad existencial más allá de nuestras fronteras. Sería como si conquistásemos un territorio adyacente al propio y nos instalásemos en él.

La imagen de la conquista es muy adecuada para visualizar el enorme placer que conlleva unirse a alguien y habitar en él. Pero, naturalmente, no es por la fuerza como se consigue que esos ayuntamientos sean estables y benéficos. Es la libertad la que hace que los yoes se puedan fundir en uno de forma perdurable y beneficiosa. Y esto, a la hora de la verdad obliga a que quienes se asocian realicen una operación extremadamente difícil y delicada: han de compartir los errores del otro.

Esto es lo que hace que las parejas permanezcan unidas, cuando cada miembro asume como propios los errores y defectos del otro. Compartir las virtudes no tiene ningún valor; lo podría hacer cualquiera. Lo realmente decisivo para que las uniones entre personas sean estables es que se asuman, cuando menos se comprendan, los errores ajenos.

Los primeros y más importantes errores a compartir son de índole sexual. La asociación entre hombre y mujer requiere la asunción por parte de cada uno de los valores opuestos. Estos, fueron considerados errores en la etapa de la diferenciación sexual. De modo que los niños y las niñas crecen en direcciones casi opuestas considerándose mutuamente errados. Después, aquello que se detestó y evitó se busca con determinación y, a veces, desesperación.

Las religiones son, esencialmente, formas de ser como hombre y como mujer. Si se crece de forma asimétrica según patrones bien diferentes, se asegura que la posterior unión de lo diferente será sólida y estable. Mientras que si los individuos no se diferenciaban de forma notable durante el periodo de maduración sexual, las asociaciones posteriores serían muy débiles.

Con las religiones y civilizaciones ocurre algo similar, sólo que en lo que a la religión se refiere aún estamos en la etapa de la diferenciación: detestamos los “errores” de los otros. Pero ha de llegar el momento en que los busquemos con denuedo.

UN ERROR COMPARTIBLE POR TODOS

Si en un futuro indeterminado los hombres compartiesen los valores estrictamente femeninos y lo propio hiciesen las mujeres con los masculinos. Si las naciones y civilizaciones adoptasen los “errores” de sus rivales. Y si las religiones compartiesen unas de otras los dogmas más enrevesados. Llegaría el día en el que todos los habitantes del planeta fuesen el mismo, pues todas las individualidades posibles se compartirían.

Esta circunstancia, aunque hoy se nos antoje utópica e improbable, terminará imponiéndose necesariamente. De hecho, la globalización económica, tecnológica y también humana, es un primer paso en esa dirección.

Y siendo esto así, bien se podría tomar ahora como ideal que nos oriente esa verdad ineluctable: somos (seremos) la misma cosa, y si nos damos cuenta de ello, seremos además, el mismo quién. Si esta verdad-objetivo se instalara entre nosotros, muchos de los problemas que nos afligen se desvanecerían. En concreto todos los conflictos violentos se atemperarían y, con el tiempo, serían erradicados para siempre. Si somos el mismo y lo sabemos, el hacerle daño a otro equivaldría a hacerse daño a sí mismo, y eso, para una mente sana es materialmente imposible.

Casi literalmente, una ola de amor y concordia recorrería el planeta. Y, seguramente durante muchas generaciones, el mundo sería feliz. Pasado ese *tsunami felicitarío* otros problemas, con seguridad mucho más difíciles de resolver que los actuales, vendrían a ocupar nuestros días. Ser el mismo y darse cuenta de ello no franquea el paso a la felicidad absoluta y eterna, pero sin duda representa un paso imprescindible en la buena dirección. Si queremos darlo, y poder así acceder a una era de enorme felicidad, sólo hay que pagar un pequeño precio: compartir, gradualmente, los errores de todos.